

ECONOMÍA DE NUESTRO TIEMPO (XX)

Desarrollo y equidad social: nuevas visiones sobre la pobreza

1. Introducción

El siglo XX conoció un progreso sin precedentes en las condiciones de vida de la humanidad. El producto real a lo largo de la centuria creció a una tasa anual cercana al 2,5%, muy superior a la de cualquier etapa precedente en la historia, de tal modo que, aun a pesar del importante crecimiento demográfico, el PIB per cápita promedio mundial logró multiplicarse por 8 en el tramo que media entre el comienzo y el final del siglo. Una evolución basada en un proceso —sólo interrumpido en el período de entre guerras— de tendencial apertura de las economías a los intercambios internacionales, de ampliación de la dimensión del Estado en virtud de su más activa implicación en la provisión de bienes públicos a la sociedad y de un esfuerzo continuado de los agentes privados por promover el progreso tecnológico. Como consecuencia, se alargó la esperanza de vida,



José Antonio Alonso es catedrático de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid y dirige el departamento de Desarrollo y Cooperación del Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI). Especialista en temas relacionados con la economía internacional y crecimiento económico, es director del Magister en Desarrollo y Ayuda Internacional, título propio de la Universidad Complutense, y autor de diversos libros y artículos sobre economía internacional y crecimiento económico.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia,



se redujo notablemente la tasa de mortalidad promedio de la población y se incrementaron los niveles formativos de las personas. Ahora bien, el siglo presenta, simultáneamente, un gran pasivo, que recorre y matiza los logros anteriormente mencionados: la notable desigualdad que se observa entre países y regiones a escala mundial. El siglo XX es un período de profundización de las asimetrías, de agudización de las desigualdades entre los pueblos del planeta: se trata, sin duda, del rasgo más distintivo y caracterizador del actual sistema de relaciones internacionales. No es extraño, por tanto, que la comunidad internacional haya identificado la pobreza como uno de los objetivos obligados de su agenda.

El presente trabajo pretende indagar acerca de la relación entre crecimiento y equidad social. Como se verá, se trata de una relación compleja que admite una pluralidad de vínculos. La abundante literatura especializada, si bien da cuenta de la riqueza de enfoques posibles, dificulta una presentación del tema que se pretenda al tiempo comprensiva y ordenada. Para facilitar semejante empeño, se tratará de articular la exposición en torno a cinco apartados, adicionales a la presente introducción. Y, así, tras un epígrafe dedicado a ciertos aspectos conceptuales que condicionan el debate, se dedicará el epígrafe tercero a presentar un sintético panorama de la pobreza a escala mundial; se pasará a continuación, en el epígrafe cuarto, a analizar la relación que va desde el crecimiento a la equidad; en el epígrafe quinto se analizará la relación inversa, de la equidad al crecimiento; y se reserva un último epígrafe para las implicaciones que el debate tiene para la política económica y social.

2. *Desigualdad y pobreza*

Aun cuando en ocasiones se utilizan como equivalentes, los conceptos de desigualdad y de pobreza no son enteramente coincidentes. La *desigualdad* se refiere al modo de distribución de una determinada variable: en correspondencia, los indicadores que tratan de medir el fenómeno se construyen a partir de estadísticos que expresan la dispersión de la variable (indicadores de entropía o coeficiente de Theil)

→

Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles, Teatro español contemporáneo, La música en España, hoy, La lengua española, hoy, Cambios políticos y sociales en Europa, y La filosofía, hoy. 'Economía de nuestro tiempo' es el tema de la serie que se ofrece actualmente.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

DESARROLLO Y EQUIDAD SOCIAL: NUEVAS VISIONES...

o de distancia respecto a la equidistribución (coeficiente de Gini). Aun cuando los indicadores referidos son los más pertinentes, no es infrecuente que ante la limitada disponibilidad de datos se recurra a indicadores truncados, que aluden a una parte de la distribución para expresar el grado de concentración de la variable (por ejemplo, relación entre los quintiles más rico y más pobre).

Por su parte, la *pobreza absoluta* se refiere a un estado de especial vulnerabilidad que afecta a determinado colectivo de personas, y que se manifiesta en carencias en muy diversos ámbitos, relacionados con los ingresos, la capacidad de acceso a los servicios básicos, los grados de autonomía personal, de respeto a la dignidad y a la autoestima de las personas y a su posibilidad para participar en los procesos de decisión colectiva. Dada la dificultad para integrar en una medición sintética ese conjunto de dimensiones, los estudios internacionales (inspirados por el Banco Mundial) suelen limitar la medición de la pobreza a un único factor, estimando los hogares cuyo gasto per cápita no alcanza un determinado umbral que se considera necesario para satisfacer las necesidades materiales básicas. Ese umbral fue fijado en torno a un dólar diario, en términos de la paridad del poder adquisitivo, a precios de 1985. Frente al concepto de pobreza aludido —pobreza absoluta—, es posible definir un *concepto relativo de pobreza*, al objeto de considerar la situación de las personas en relación a su entorno. La pobreza se suele referir a aquella población que tiene unos gastos inferiores a un determinado estándar promedio de la población, como, por ejemplo, el tercio del consumo nacional medio. La pobreza relativa expresa un concepto dinámico, cambiante en el tiempo, que difícilmente puede distinguirse del concepto de desigualdad.

3. *Una imagen sintética de la pobreza*

Los datos relativos a la distribución de la renta revelan que la economía mundial se encamina hacia una *desigualdad creciente*. Cabría decir que el capitalismo, consolidado a partir del XIX, nos ha hecho a todos más ricos, pero también más desiguales. El PNUD recuerda que, en los últimos treinta años, la participación en el ingreso mundial del 20% más pobre de la población mundial se redujo del 2,3% al 1,1%; mientras que la participación del 20% más rico aumentó del 70% al 86%. El índice de Gini —la medida más convencional de la concentración de la renta— que se obtiene para el conjunto de la economía mundial, en torno a 0,65, sólo encuentra parangón con los indicadores que expresan aquellos países con mayores niveles de desi-

gualdad, y contrasta desfavorablemente con el valor de 0,58 que podría obtenerse hace cien años. Una reciente investigación (Bourguignon y Morrison, 2001) confirma similar tendencia a partir del índice de Theil, otra de las medidas más habituales de desigualdad: el índice pasa de 0,52 en 1820, a 0,67 en 1890, para alcanzar el 0,85 en 1992, último año para el que se dispone de datos.

Como consecuencia de esta desigualdad, cerca de *una quinta parte de la población mundial se encuentra por debajo de la línea de pobreza*, cuando ésta se estima como 1 dólar en paridad del poder adquisitivo; y cerca de la mitad de la población mundial tiene un ingreso por debajo de los 2 dólares. Se trata de cifras preocupantes, que, además, presentan una notable resistencia a la baja. El número absoluto de pobres apenas se ha visto alterado a lo largo de la última década, oscilando en torno a los 1.200 millones de personas. Una tendencia que sería de franco crecimiento si se excluyese China, país que consiguió un visible progreso en la reducción de la pobreza en ese período. Desde un punto de vista regional, el grueso de la población pobre se concentra en Asia Meridional (43%), Asia Oriental (23%) y África Subsahariana (24%).

En relación con la población total se observa una *ligera reducción en el porcentaje de personas que viven por debajo de la línea de pobreza*, que ha pasado de suponer el 28% en 1987 al 26 %, doce años más tarde. No obstante, esta reducción no ha sido igual para todas las regiones: mientras la intensidad de la pobreza se redujo en Asia Oriental y, en menor medida, en Asia Meridional, aumentó en Europa Oriental y Asia Central y apenas se alteró en América Latina y en África Subsahariana. En conjunto, son las regiones de África Subsahariana y Asia Meridional donde más intensa es la presencia de la pobreza, a juzgar por el peso relativo que los colectivos pobres tienen en el total de la población (46% y 40%, respectivamente) (Cuadro 1).

Cuadro 1. Porcentaje de población por debajo de un dólar diario

	1990	1993	1996	1998
Asia Oriental y Pacífico	27,6	25,2	14,9	15,3
Europa y Asia Central	1,6	4,0	5,1	5,1
América Latina	16,8	15,3	15,6	15,6
O. Medio y N. de África	2,4	1,9	1,8	1,9
Asia Meridional	44,0	42,4	42,3	40,0
África Subsahariana	47,7	49,7	48,5	46,3
Total	29,0	28,1	24,5	24,0
Excluida China	28,1	27,7	27,0	26,2

Población por debajo de un dólar

Total	1.276,4	1.304,3	1.190,6	1.198,9
Excluida China	915,9	955,9	980,5	985,7

Fuente: Banco Mundial

DESARROLLO Y EQUIDAD SOCIAL: NUEVAS VISIONES...

Los niveles de pobreza descritos se traducen en *carencias manifiestas en los niveles de vida de la población mundial*. Como recuerda el PNUD (1997), cerca de 842 millones de adultos son analfabetos; 766 millones de personas no tienen acceso a servicios de salud; 1.213 millones no tienen acceso a agua potable; hay más de 158 millones de niños malnutridos; y se estima que cerca de 507 millones de personas no sobrepasarán los 40 años como consecuencia de las penosas condiciones en las que viven. Son datos que expresan, de forma sin duda imperfecta, el drama de buena parte de la población mundial, que padece las consecuencias de la pobreza, en cuanto denegación de oportunidades y opciones para vivir una vida digna y tolerable. Al tiempo que plantea la importancia que tienen los aspectos distributivos en toda estrategia de desarrollo.

4. Del crecimiento a la equidad

Posición de partida

El pensamiento económico neoclásico supone cierta independencia de la distribución respecto al crecimiento, de tal modo que este último había de beneficiar al conjunto del cuerpo social, sin excepción. Tal es la posición que inspira el enfoque que dominó la teoría del crecimiento a lo largo de los años sesenta y setenta (Solow, 1956). Una conclusión adicional que se deriva de este enfoque es que cualquier redistribución que se promueva en la renta puede alterar las condiciones de eficiencia de la economía, al perturbar la estructura de retribución de los factores. En la medida en que se grave a las personas más ricas (poseedoras de capital) para transferir renta a las más pobres (poseedoras de trabajo), se puede alterar la relación capital-trabajo de la economía, dando origen a una reducción de la tasa de acumulación. Lo que inevitablemente conducirá a un descenso en el ritmo de crecimiento agregado de la economía.

Aun cuando se trata de un modelo teórico lleno de simplificaciones, el enfoque descrito aporta el fundamento a muchas de las argumentaciones contrarias a las acciones redistributivas, al tiempo que refuerza la confianza en la eficacia del proceso de «derrame» —*trickle down*—, a través del cual el crecimiento, dotado de suficiente plazo temporal, acaba por tener su influencia sobre el conjunto de la población, reduciendo los niveles de pobreza.

La hipótesis de Kuznets

Las conclusiones que se derivan de esta visión se vieron alteradas, sin embargo, como consecuencia de la investigación realizada por Kuznets (1955). Tras un detenido estudio empírico referido a los países industriales, Kuznets sugirió la existencia de una relación inversa entre crecimiento e igualdad, al menos en las primeras etapas del proceso de desarrollo. Aun cuando no existe una fundamentación formalizada del proceso, Kuznets alude como factor explicativo del proceso a los cambios que el crecimiento promueve tanto en la importancia relativa de los sectores productivos, asociados al creciente peso de la industria en las primeras etapas de desarrollo, como en los modos de asentamiento de la población, vinculados al predominio progresivo de la población urbana. Dado que tanto la renta promedio como los niveles de desigualdad son superiores en los entornos urbano-industriales que en los agrarios, a medida que las personas se trasladan del campo a la ciudad y del sector rural al sector industrial, se incrementa el nivel de desigualdad agregado de la economía. De acuerdo con Kuznets, este proceso se agota cuando las economías llegan a su madurez industrial.

Diversos estudios trataron de fundamentar en el terreno teórico y de contrastar en el ámbito empírico la hipótesis sugerida por Kuznets. Aun cuando buena parte de estos estudios tendieron a confirmar, con ciertas reservas, la relación prevista, no faltan entre ellos los que o bien niegan esa hipótesis o bien señalan su insuficiente fundamentación empírica. Más allá de su nivel de coincidencia, los estudios citados se enfrentaron a la reducida disponibilidad —y baja calidad— de datos aptos para el trabajo empírico, lo que limita el alcance de sus conclusiones.

Crítica reciente

Más recientemente, el tema de la relación entre crecimiento y equidad volvió a ocupar el centro de uno de los debates sobre la política de desarrollo, en gran medida impulsado por los estudios promovidos por el Banco Mundial a raíz de su *Informe sobre el desarrollo mundial*, de 1990, dedicado específicamente al análisis de la pobreza. En este caso, además, se propició la creación de una base de datos más amplia y homogénea, con mayor recorrido temporal y más amplia cobertura. Pues bien, buena parte de los nuevos estudios derivados de esa nueva base de datos cuestionan la hipótesis de Kuznets, no encontrando regularidad alguna entre creci-

DESARROLLO Y EQUIDAD SOCIAL: NUEVAS VISIONES...

miento y equidad. En concreto, Deininger y Squire (1996 y 1997), a partir de una colección de datos transversales y temporales, muestran que la curva de Kuznets sólo se cumple en un porcentaje menor de los casos estudiados —en torno al 10%—; en la mayor parte de los casos, sin embargo —75% de la muestra—, no se observa relación definida alguna entre desigualdad y crecimiento. El signo de estos resultados —y su contraste con los estudios previos— lo justifican Bruno, Ravallion y Squire (1997) por el hecho de disponer, por primera vez, de series continuadas en el tiempo, requisito obligado para estudiar un fenómeno que es de naturaleza básicamente intertemporal.

Las conclusiones de estos estudios pasaron a formar parte de la doctrina básica que, al respecto, adoptó el Banco Mundial, que insiste en el carácter neutral, en términos distributivos, del crecimiento económico. Una buena síntesis de esta posición doctrinal se encuentra argumentada en el último de los trabajos citados, en el que a partir de una muestra compuesta por 45 países —desarrollados y en desarrollo—, con datos referidos a la distribución de la renta, a lo largo del período de 1947 a 1993, concluye la inexistencia de relación definida alguna entre crecimiento y desigualdad. De hecho, la evidencia sugiere que es mayor la variación en los niveles de desigualdad entre países en un momento dado del tiempo, que la existente a lo largo del tiempo en un determinado país. Así pues, no cabe decir nada que sea generalizable acerca de la relación entre crecimiento y desigualdad; una relación que parece estar asociada a factores específicos propios de cada país.

El efecto del crecimiento sobre los pobres

Las críticas que desde diversos sectores se dirigieron al proceso de globalización por su potencial efecto negativo sobre los sectores más vulnerables, alentó un nuevo esfuerzo de investigación en este campo. El objetivo de estos estudios es determinar la evolución del ingreso de los pobres (generalmente, el quintil inferior en la distribución de la renta) en relación con el crecimiento agregado de la economía.

La mayor parte de estas investigaciones se acometieron en la segunda mitad de los noventa; y condujeron a resultados notablemente coincidentes, al señalar la relación positiva que el crecimiento agregado tiene sobre la renta per cápita de los sectores que ocupan los puestos inferiores en la escala de distribución de la renta. Uno de los trabajos más representativos en esta línea es el rea-

lizado por Dollar y Kray (2000), desde el seno del Banco Mundial. A partir de una amplia base, que incluye 125 países y 236 observaciones, los autores intentan estimar el efecto que el crecimiento tiene sobre la relación existente entre la renta del quintil más pobre de la población y la media nacional. De acuerdo a los datos, la relación entre ambas variables es muy cercana a la unidad, lo que confirma la estabilidad de los patrones distributivos a lo largo del tiempo, así como el impacto positivo que el crecimiento agregado tiene sobre los sectores de más baja renta. Se trata, además, de una relación que se sostiene con notable constancia, con independencia del nivel de desarrollo del país, del período que se considere y del signo del ciclo económico. A partir de sus resultados, los autores estiman que el «80% de la variación en la renta de los pobres es debida a la variación en la renta per cápita agregada, y solamente el 20% es debido a diferencias en la distribución a lo largo del tiempo o a través de países». Estos resultados son suficientes para justificar que «el crecimiento económico es bueno para los pobres».

5. De la equidad al crecimiento

Aun cuando buena parte de la atención se centró en analizar el efecto que el crecimiento tiene sobre la desigualdad, no faltan propuestas teóricas y trabajos aplicados que han tratado de argumentar la relación de sentido inverso: el efecto que la distribución tiene sobre el crecimiento. Tradicionalmente, esta hipótesis fue sugerida por Kaldor (1955), quien suponía una relación de sentido inverso entre igualdad y crecimiento: si se considera que la propensión marginal a ahorrar descende a medida que se avanza en los niveles de renta, la concentración de los ingresos promoverá un incremento del ahorro agregado, estimulando el proceso de acumulación de capital y de crecimiento económico. De acuerdo con esta posición, un cierto nivel de desigualdad resulta necesario para incrementar las posibilidades de crecimiento.

Esta hipótesis no parecía, sin embargo, ajustarse a la experiencia internacional más reciente. Es conocido que uno de los rasgos más sobresalientes de los países más dinámicos del sudeste asiático es su aceptable nivel de equidad. De hecho, el contraste entre la experiencia de países de Latinoamérica y del sudeste asiático revela una asociación entre desigualdad y bajo crecimiento, por una parte, e igualdad y crecimientos más intensos, por la otra. De ahí que autores como Birdsall, Ross y Sabot (1995) sugirieran que la gran desigualdad

DESARROLLO Y EQUIDAD SOCIAL: NUEVAS VISIONES...

podía ser una limitación, más que un factor favorable para la promoción del crecimiento. De este modo se configuró lo que Kanbur (1998) denomina la «nueva ortodoxia» acerca del tema, argumentando el efecto positivo que la equidad distributiva tiene sobre las posibilidades de crecimiento de las economías.

Principales argumentos teóricos

Dentro de las explicaciones teóricas sobre el efecto positivo de la equidad, un primer referente se puede encontrar en los desarrollos teóricos postkeynesiano y estructuralista (Taylor, 1991). En estos modelos la igualdad influye en el crecimiento a través de su impacto sobre la dimensión y composición de la demanda. No obstante, no se trata de una relación única, ya que el efecto varía de acuerdo con el régimen de crecimiento que siga el país, según venga determinado por las ganancias o por los salarios.

Una segunda vía de argumentación del impacto positivo que la equidad tiene sobre el crecimiento la ofreció Todaro (1991). En concreto, este autor sugiere que en una sociedad más equitativa habrá un más generalizado acceso de la población a los servicios de salud y de educación, lo que permitirá disponer de una mano de obra más saludable y mejor formada. Ello habrá de influir necesariamente en los niveles de productividad del conjunto de la economía y, a través de esta vía, sobre sus posibilidades de crecimiento.

Desde finales del decenio de los ochenta, la investigación académica encontró nuevas razones para argumentar la existencia de una relación positiva entre equidad y crecimiento. Tres son las líneas de argumentación al respecto, que remiten al efecto que la desigualdad tiene sobre: a) el comportamiento del votante mediano respecto a la fiscalidad; b) la estabilidad política y su efecto sobre la inversión; y c) la capacidad de acceder al ahorro por parte de la población.

La primera de estas líneas de argumentación trata de señalar el efecto que la desigualdad tiene sobre el marco de preferencias de los ciudadanos en el proceso político –las elecciones– a la hora de elegir entre crecimiento y políticas redistributivas. En concreto, se supone que los sectores poseedores de activos de capital optarán por políticas promotoras del crecimiento; mientras que, por el contrario, los trabajadores preferirán poner en marcha políticas redistributivas, a través de la previa aplicación de impuestos. El crecimiento efectivo es el resultado del equilibrio político-económico resultante de esta relación contradictoria de objetivos. Cuanto más acusada sea la desigualdad, más se justifica la necesidad de recurrir a la imposición para promo-

ver la redistribución, lo que puede repercutir de forma negativa sobre el crecimiento (Persson y Tabellini, 1994). Por su parte, Alesina y Rodrik (1994) extienden el «teorema del votante mediano», suponiendo que los agentes económicos tienen dotaciones de capital diferentes. En correspondencia, cada individuo tiene diferentes percepciones acerca de cuál debería ser el impuesto al capital más adecuado, dado que los beneficios de la imposición son comunes a todos, pero los costes del impuesto están relacionados con la dotación de capital de cada cual. Así pues, aquellos de más baja dotación de capital optarán por imposiciones más elevadas, que, a su vez, penalizarán las posibilidades de crecimiento. De esta forma, a medida que se incrementa la desigualdad, más elevada es la imposición que se demanda, con sus potenciales efectos negativos sobre el crecimiento.

Una segunda línea de investigación es la que explora la relación existente entre desigualdad, estabilidad política y crecimiento. Alesina y Perotti (1996) analizan una muestra de 71 países para el período 1960-85, encontrando que la desigualdad en la renta promueve el descontento social e incrementa la inestabilidad socio-política. Como consecuencia crea incertidumbre en el entorno político-económico y reduce la inversión. En la medida en que la inversión es una fuerza promotora del crecimiento, la anterior argumentación identifica una posible vía a través de la cual la desigualdad puede dañar las posibilidades de crecimiento.

Por último, una tercera corriente dentro de esta literatura es la que relaciona la desigualdad con el racionamiento del crédito y con la existencia de mercados de capital y de seguros incompletos (Aghion y Bolton, 1997). El argumento es el siguiente: dada una distribución de la riqueza, su posterior modificación estará en relación con las posibilidades que tiene la población para acceder al financiamiento de nuevos activos, (capital físico o humano). No obstante, los mercados de capital se caracterizan por disponer de información imperfecta, lo que les conduce a prácticas de racionamiento del crédito asociadas a la disponibilidad de garantías por parte del eventual prestatario. En consecuencia, de un conjunto dado de oportunidades de acumulación, sólo podrán ser aprovechadas aquellas motivadas por quienes parten ya de una cierta riqueza acumulada. Lo que motiva que se desaprovechen posibilidades inversoras, de creación de renta y empleo, para quienes no tienen activos previos; y, adicionalmente, se alimenta una dinámica acumulativa de la riqueza, a través de los fenómenos de exclusión que los mercados de capital motivan. Por todo ello, políticas redistributivas dirigidas a facilitar la acumulación de activos productivos

DESARROLLO Y EQUIDAD SOCIAL: NUEVAS VISIONES...

en manos de los pobres (como, por ejemplo, a través de los microcréditos), cuando se adoptan en un marco no distorsionado, no sólo pueden facilitar la conformación de una sociedad más justa, sino también de una economía más vigorosa y dinámica.

Evidencia empírica

La literatura empírica generada en torno a estas líneas de argumentación ha tendido a apoyar la hipótesis de que la desigualdad tiene un efecto negativo sobre el crecimiento, cuando se controlan otras variables como el ingreso per cápita inicial, la educación o la participación política (Bénabou, 1996 y Perotti, 1996). Como argumenta Bénabou (1996), los estudios revelan que un descenso en una desviación estándar en la desigualdad permite un incremento de 0,5 a 0,8 puntos porcentuales en la tasa de crecimiento. El resultado se produce tanto en países en desarrollo como desarrollados y con cierta independencia respecto a las especificaciones adoptadas y a las medidas de desigualdad a las que se recurra.

No obstante, ello no implica que los estudios estén libres de objeciones. Así, revisando esta literatura, Bénabou (1996) evidencia algunos resultados contradictorios y Fishlow (1996) revela que las conclusiones son extremadamente sensibles a las especificaciones que se adopten en cada caso. En suma, los ejercicios empíricos no son enteramente conclusivos. Lo que, como señala Bourguignon (2000) no debe suponer una sorpresa dada la distancia que existe entre los modelos teóricos y los datos disponibles, ya que mientras los primeros se refieren a la distribución de activos, los segundos aluden a la distribución de renta o gasto.

*6. Conclusiones para la política económica*Relación crecimiento-equidad

El recorrido realizado a lo largo de las páginas anteriores puede resultar aparentemente poco conclusivo. Aun cuando existen argumentos para suponer una influencia del crecimiento sobre la distribución y de esta última sobre el crecimiento, las razones para esta segunda relación parecen más sólidamente enraizadas en la teoría económica. Pese a su mayor tradición en el trabajo empírico, la hipótesis de Kuznets nunca tuvo una convincente fundamentación teórica. Mayor respaldo tienen las hipótesis recientes, que argu-

mentan el efecto de la distribución sobre la dinámica económica, en el marco doctrinal que proporcionan las nuevas teorías del crecimiento endógeno. Si bien, en este caso, es la mayor equidad la que favorece el crecimiento y no como Kuznets suponía el crecimiento el que promueve la inequidad. No obstante, la mayor parte de los nuevos argumentos teóricos se refieren a la distribución y a los procesos de acumulación de activos de los agentes económicos y no tanto a la distribución de la renta y al comportamiento de los consumidores. En suma, el trabajo empírico, aun cuando pueda iluminar ciertos aspectos de las relaciones estudiadas, no permiten dirimir entre las hipótesis discutidas.

Deninger y Squire (1997) en un trabajo clásico sobre el tema llegan a las siguientes conclusiones: «Primero, los decisores políticos debieran poner atención en las consecuencias distributivas de sus opciones políticas ya que la temida conclusión de un efecto sistemático negativo del crecimiento sobre la distribución de la renta resulta infundado. Segundo, la desigual distribución de activos, más que la renta, puede ser un impedimento para el crecimiento, lo que implica que las políticas redistributivas podrían fortalecer la dinámica económica. Tercero, mientras las políticas redistributivas tienen el potencial de beneficiar a los pobres directa e indirectamente, ello se producirá sólo si la redistribución no amenaza la inversión productiva. Esto descalifica el conflicto de las políticas redistributivas propio del pasado e implica que, si los países desean aplicar políticas redistributivas, su capacidad para concebir mecanismos que, al tiempo, mantengan o incrementen los incentivos para la inversión, pueden ser decisivos para el éxito».

Ciertamente, las dos últimas conclusiones son ampliamente aceptadas por cuantos estudian el tema; y la primera de las conclusiones, aunque goza de menor respaldo, podría ser admitida por un amplio espectro de analistas. El problema, no obstante, de esa conclusión es que –como señala Kanbur (1998)– no proporciona orientación alguna a los políticos. Parece más conveniente analizar si existen políticas capaces de promover el crecimiento sin generar efectos negativos (o, incluso, generando efectos positivos) sobre la distribución y si existen políticas distributivas capaces de evitar un eventual impacto negativo (o generar uno positivo) sobre el crecimiento; y no tanto en analizar si existe una relación agregada uniforme –y obligada– entre aquellas dos variables.

De hecho, existen razones para pensar que no sólo el crecimiento puede influir en la situación en la que se encuentran los pobres: también la acción redistributiva puede tener un papel impor-

DESARROLLO Y EQUIDAD SOCIAL: NUEVAS VISIONES...

tante al respecto. Una conclusión que se encuentra ilustrada en el reciente trabajo de Hanner et al. (1999), que considera el impacto que el crecimiento tiene sobre la pobreza, de acuerdo con la distribución previa de la renta de la que se parte. Su resultado, por otra parte lógico, es que la elasticidad de reducción de la pobreza respecto al crecimiento es tanto mayor cuanto más equitativo sea el punto de partida. En concreto, señalan que «si un país tiene una distribución de la renta más equitativa, se espera que el crecimiento arroje tres veces más personas de la pobreza, en términos porcentuales, de lo que sucedería en un país donde la renta estuviese más desigualmente distribuida».

A modo de balance

Frente al conflicto supuesto entre crecimiento y equidad, los nuevos estudios arrojan una imagen más compleja, pero menos conflictiva, entre ambos objetivos. Sin que los estudios puedan considerarse enteramente concluyentes, permiten extraer tres conclusiones de interés:

- En primer lugar, que aún cuando puedan producirse avances significativos en la lucha contra la pobreza en contextos de bajo dinamismo económico, la puesta en marcha de un proceso de crecimiento económico sostenido puede favorecer –y acelerar– los procesos de erradicación de la pobreza absoluta.
- En segundo lugar, que los efectos del crecimiento se difunden de acuerdo con la distribución de la renta preexistente, por lo que en los países de notable desigualdad –y tal sucede en buena parte del mundo en desarrollo–, resulta necesario poner en marcha políticas específicas conducentes a promover una cierta redistribución si se quiere que los beneficios del progreso lleguen, en proporción suficiente, a los sectores más pobres de la población.
- Por último, que el hecho de que no exista regularidad obligada en la relación entre crecimiento y equidad no quiere decir que cualquiera que sea la política de crecimiento que se aplique resulte neutral desde la perspectiva de la distribución de la renta. Si se quiere acabar con la pobreza es necesario impulsar políticas de crecimiento favorecedoras de la equidad social.

Estas consideraciones apuntan a que el crecimiento es uno de los factores decisivos que influyen en la lucha contra la pobreza, pero no el único. Como señala el PNUD (1996): «El crecimiento económico amplía la base material para la satisfacción de las necesidades humanas. Pero el grado en que se satisfacen esas necesi-

dades depende de la distribución de los recursos entre la gente y del aprovechamiento y la distribución de las oportunidades, particularmente, del empleo».

Bibliografía citada

Aghion, P. y P Bolton (1997): «A theory of trickle-down growth and development», *Review of Economic Studies*, 64: 151-72.

Alesina, A. y R. Perotti (1996): «Income distribution, politics stability, and investment», en *European Economic Review*, 40 (6): 151.

Alesina, A. y D. Rodrik (1994): «Distributive politics and economic growth», *Quarterly Journal of Economics*, vol 109 (2): 465-90..

Bénabou, R. (1996): «Inequality and growth», *NBER Macroeconomic Annual 1996*, Cambridge MA, MIT Press.

Birdsall, N. D. Ross y R. Sabot (1995): «Inequality and growth reconsidered: Lessons from East Asia», *World Bank Economic Review*, 9 (3): 477-508.

Bourguignon, F. y Ch. Morrison (2001): «Inequality among world citizens; 1820-1992».

Deininger, K. y L. Squire (1996): «A new data set for measuring income inequality», *World Bank Economic Review*. vol 10, págs 565-92.

Deininger, K. y L. Squire (1997): «Economic growth and income inequality: Re-examining the links», *Finance and Development*, 34 (1): 38-41.

Dollar, D. y A. Kraay (2000): «Growth is good for the poor», *World Bank Working Paper*, Development Research Group, World Bank, Washington.

Fishlow, A. (1996): «Inequality, poverty, and growth: Where do we stand?», *Annual World Bank Conference on Development Economics*, 1995, World Bank, Washington.

Hanmer, L., N. Jong, R. Kurian y J. Mooij (1999): «Are the DAC targets achievable? Poverty and human development in the year 2015», *Journal of International Development*, 11, 547-63.

Kaldor (1955): «Alternative theories of distribution», *Review of Economic Studies*, XXIII (2).

Kanbur, R. (1998): «Income distribution and development», *World Bank Working Paper*, World Bank, Washington.

Kuznets (1955): «Economic growth and income inequality», *American Economic Review*, vol 45: 1-28.

Perotti, R. (1996): «Growth, income distribution, an democracy: What the data say», *Journal of Economic Growth*, 1: 149-87..

Persson, T. y G. Tabellini (1994): «Is inequality harmful for growth?», *American Economic Review*, 84 (3): 600-21.

PNUD (1997): *Informe sobre el Desarrollo Humano*, 1997, PNUD-Mundi Prensa.

Solow, R. (1956): «A contribution to the theory of economic growth», *Quarterly Journal of Economics*, 70: 65-94

Taylor, L. (1991): *Income, distribution, inflation, and growth: Lectures on structuralist macroeconomic theory*, Cambridge, MIT Press.

Todaro, M.P. (1988): *El desarrollo económico del Tercer Mundo*, Alianza Universidad, Madrid

World Bank (2001): *Atacking Poverty*. World Development Report, Washington.